



Homenaje a
Velia Bosch
(Caracas, 1936-2015)

Para la Alcaldía de Caracas a través del Fondo Editorial Fundarte, es de gran satisfacción presentar el primer Premio del Concurso Nacional de Literatura Infantil y Juvenil 2024 rindiendo homenaje a la destacada escritora Velia Bosch, reconocida poeta, ensayista e investigadora, cuyo legado en la literatura infantil y juvenil ha dejado una huella imborrable. Bosch no solo se dedicó a la creación de poemas y otros libros para niños, sino que también se distinguió como una investigadora incansable en el campo de la literatura.

Velia Bosch fue una figura clave en el ámbito de la literatura infantil, creando la Cátedra de Literatura Infantil Latinoamericana y del Caribe José Martí, así como fundando y dirigiendo el proyecto de juegos literarios Gran Circo de Papel. Además, fue una de las fundadoras de la revista infantil *Ventana mágica*. Entre sus obras más destacadas se encuentran *Dadme una rosa pura*, (1959); *Arrunango*, (1968); *Las palabras y las sombras*, (1972); *Acertijos de la noche y el día*, (1972); *A los cinco grados de latitud*, (1974); *Ángeles y ceremonias*, (1984); *A bordo de la imaginación*, (1991); y *Jaula de bambú*, (1994).



Berta Barrios

Ana imaginada

Obra ganadora del segundo lugar en el
Primer Premio Nacional de Literatura Infantil
y Juvenil en homenaje a Velia Bosch
FUNDARTE-ALCALDÍA DE CARACAS
2024



FUNDARTE
Fundación para la
Cultura y las Artes

**VEREDICTO DEL I PREMIO DE LITERATURA INFANTIL
FUNDARTE, 2024
EN HOMENAJE A VELIA BOSCH**

El jurado del I Premio de Literatura Infantil y Juvenil en homenaje a Velia Bosch, conformado por Julián Márquez, Cristina Molinatti y Beira Lisboa, reunidos en Caracas el 18 de septiembre de 2024, luego del análisis y deliberación de las 56 propuestas recibidas, decidió otorgar de forma unánime el primer y segundo lugar a los siguientes títulos:

1. *Las gatas de Sara Saltapericos*, firmado con el seudónimo Silvestre Luna, por su magnífico manejo del lenguaje literario que respeta al público lector infantil y juvenil y construye un ambiente narrativo para el dinámico desarrollo de los personajes.
2. *Ana imaginada*, firmado con el seudónimo Margarita Cortázar, por su estilo diáfano y el hilo intertextual que incluye la imaginación y el juego. Obra que nos brinda relatos que dejan ver el crecimiento emocional del personaje principal en complicidad con los lectores.

Abiertas las plicas, los ganadores resultaron ser:

Hugo Colmenares, Primer lugar

Berta Barrios, Segundo Lugar

Sin otro particular al que referirnos, suscribimos este veredicto,



Julián Márquez

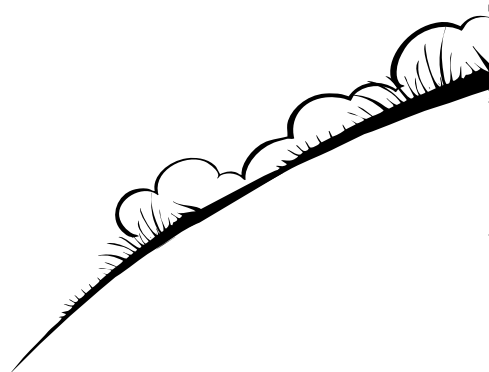
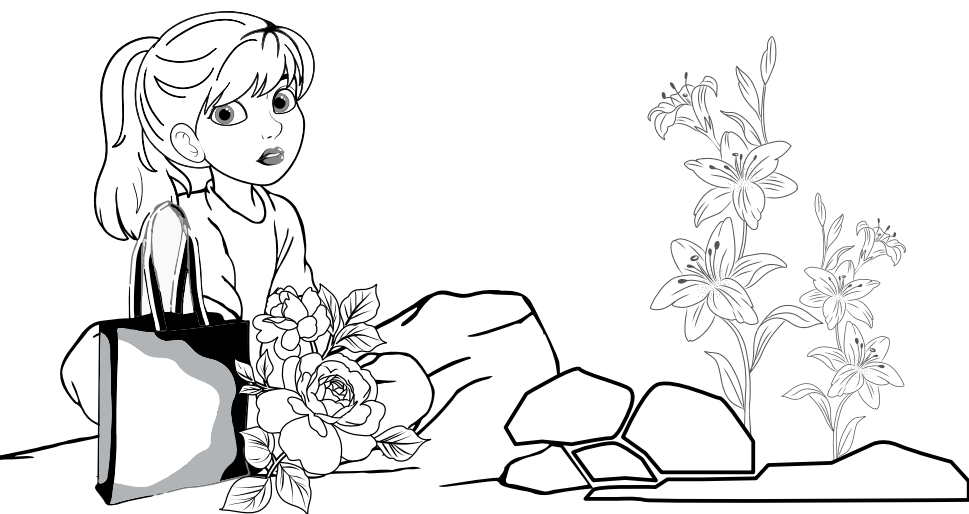
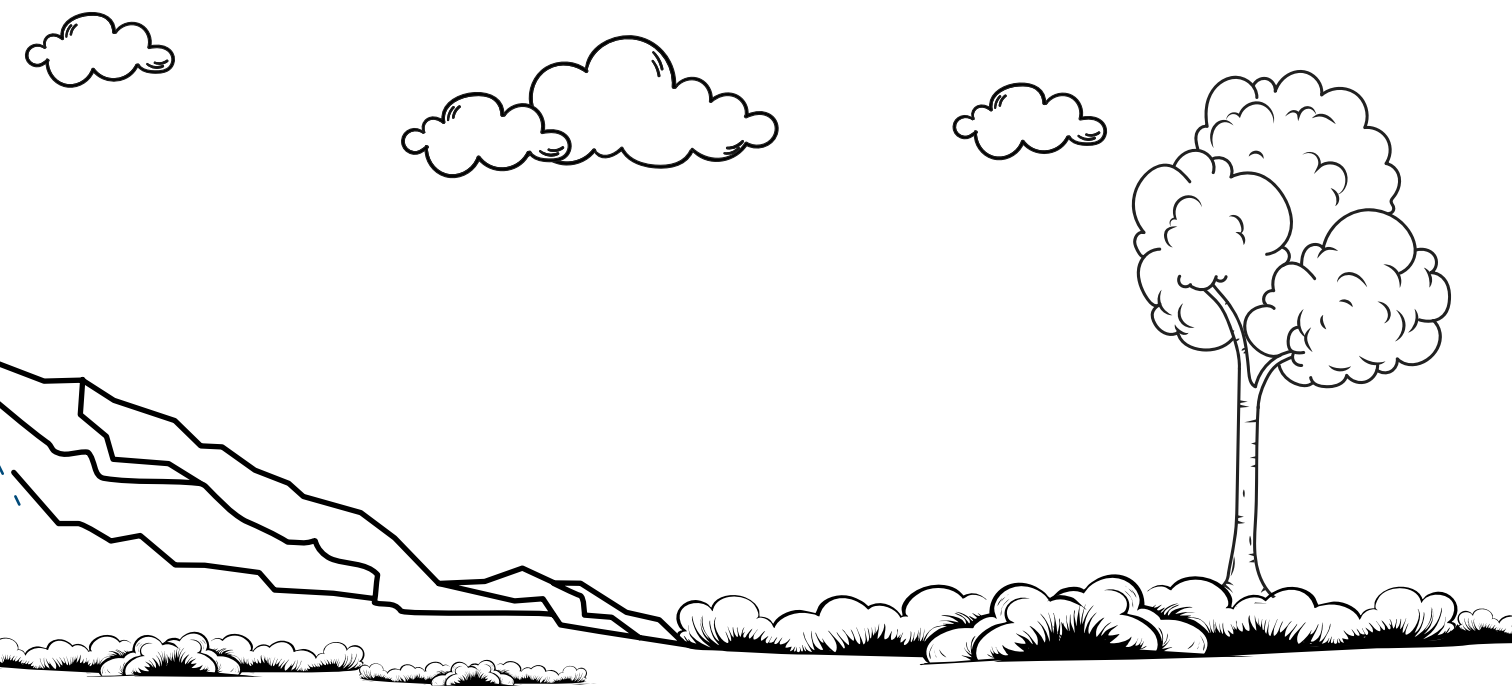


Cristina Molinatti



Beira Lisboa

*A Sofía,
creciendo entre palabras y sonrisas*





Aventura número 5

El jardín de la casa Azul es grande, sembrado de grama, con partes planas y una pendiente por la que a Ana le encanta rodar como un tronco de madera, o deslizarse sentada sobre un pedazo de cartón, como si fuese una carrucha sin ruedas. Allí hay árboles de nísperos del Japón, uno de mango que nunca ha dado ninguna carga, matas de rosas de varios colores, una hilera de hermosos lirios morados y una jardinera con plantas de hortensia. Un cují con sus ramas extendidas como paraguas es la casita perfecta.



A lo largo de la cerca hay una especie de bosque, con un sendero interior que conduce a una pequeña cueva de ramas y piso de tierra, que siempre le recuerda a su querido perro Terrón, pues le encantaba echarse allí. Terrón alertaba como ninguno. Su fuerte ladrido avisaba si alguna persona extraña caminaba por la calle o, un poco más alegre, si el carro de papá estaba llegando a la casa. Fiel guardián, Terrón ya no la acompañaba, pero Ana siempre lo lleva en su corazón.

Una tarde de sábado, Ana se amarró un pañuelo rojo en la cabeza, se puso el parche negro fabricado por su mamá y se guindó el bolso de tela de colete donde guardaba el catalejo de cartón, un trozo de cuerda, un cuchillo de plástico y el cuaderno de bitácora donde registraba todas sus aventuras. Abordó el barco trepándose en la rama más alta y segura del árbol de níspero, un mástil desde el cual podía avistar el horizonte y cualquier movimiento de la calle, mejor dicho, del mar Los Helechos.

No se divisaba ningún barco. Cerca de la intrépida pirata pasaban volando azulejos, algún querre-querre y una guacharaca que andaba buscando a su familia. Ana dirigió el catalejo hacia la costa y divisó a una ardilla rojimarrón deslizándose rápidamente por un árbol hasta que desapareció en el bosque. De repente, otra ardilla hizo lo mismo. Y otra más. Eso le pareció un poco extraño, pues en sus conocimientos obtenidos sobre las ardillas, las que viven en los árboles son más bien solitarias.

Guardó su catalejo y se bajó del mástil, abandonando el barco. Sigilosamente enfiló sus pasos hacia el bosque. Caminaba con cautela, apartando con su cuchillo de plástico las ramas que entorpecían su paso. A lo lejos, unos chillidos llamaron su atención. ¡Zuassss! Una pequeña sombra le pasó por un lado velozmente. Siguió la estela de viento que dejó el rastro de aquella sombra y llegó hasta la entrada de la cueva. Afortunadamente no estaba tan oscuro.

De pronto, vio venir a un lobo. Ana, un tanto asustada, se echó para atrás, sujetando su cuchillo de plástico. Estaba dispuesta a enfrentarse a aquel animal, cuando este detuvo sus pasos y se quedó viéndola de frente. El lobo saltó a un lado y Ana, en alerta, saltó para el otro. El lobo dio media vuelta y ella, aliviada, pensó que la dejaría tranquila, pero sin sospecharlo, se dio media vuelta de nuevo y vino hacia ella.

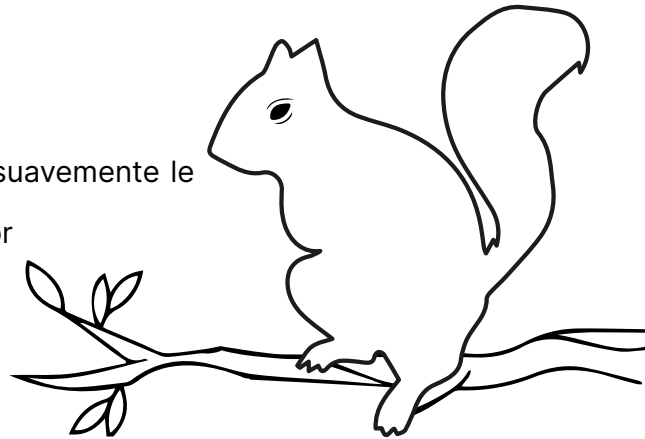
—Te estábamos esperando —le dijo el lobo.

—¿A mí? —respondió Ana.

—¿Acaso no eres Ana la pirata?

—Bueno, sí, la intrépida pirata —afirmó Ana.

—Exactamente —El lobo se acercó mucho más, suavemente le quitó el cuchillo y la obligó a caminar, empujándola por detrás—. Alguien quiere verte.



Caminó derecho, vigilada por el lobo. ¡Zuassss! Nuevamente una pequeña sombra le pasó por un lado como un rayo de oscuridad. Pudo distinguir a una de las ardillas que había divisado con su catalejo.

Ana no podía creer lo que estaba viendo. Las ardillas hacían una ronda alrededor de un hermoso perro rojimarrón, igual que ellas, pero con un gran pelaje.

—¡Terrón! —gritó Ana. Ambos se miraron y corrieron como en las películas, abrazándose.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Ana.

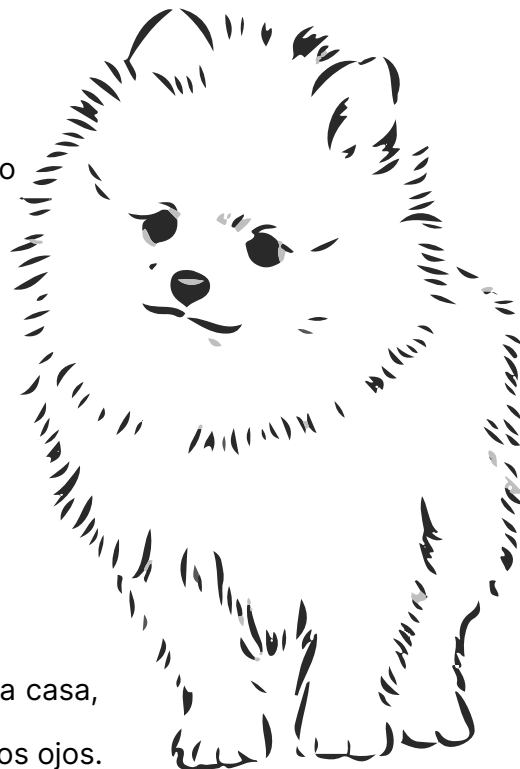
—Aquí duermo de día, de noche cuido el jardín y velo tu sueño.

—Lo sabía —dijo Ana—. Te he extrañado mucho, pero ahora tenemos a Cari, que también es muy buena guardiana.

—Así es —dijo Terrón.

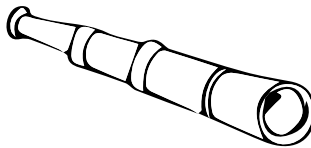
Jugaron un buen rato, como en los viejos tiempos.

—Ya se hace tarde —advirtió Terrón—. Mejor vuelve a casa, no vaya a ser que tu mamá salga a buscarte, pelándote los ojos.



Ana se despidió de Terrón con otro abrazo. Saludó a las traviesas ardillas y emprendió el camino de regreso. El lobo la acompañó hasta la entrada de la cueva. Ana quiso acariciarlo, pero este se escurrió rápidamente hacia adentro.

Salió del sendero, emocionada y cansada. Pasó por la casita de cují, se encontró con Cari y también la abrazó. Antes de que su mamá se diera cuenta, estaba sentada a la mesa, bañada y sonriente, lista para cenar. Cuando llegó la hora de dormir, tomó su cuaderno de bitácora y registró la aventura número 5.





El libro verde



Era un domingo soleado. Ana se sentó en un lado del banco a descansar de su caminata por el parque. En el otro extremo había un libro rojo, del cual asomaba un bolígrafo. Lo miró, algo extrañada. Estaba cansada y se dedicó a observar a la gente que paseaba. Pasó un rato y el libro rojo continuaba allí, igualito, nadie venía a recogerlo. Sin pensarlo más, decidió tomarlo. Lo abrió, agarrando el bolígrafo. Se dio cuenta que del lado izquierdo las páginas estaban impresas y del lado derecho, escritas a mano, cada una con un tipo de letra diferente. De ese lado, solamente quedaban dos páginas en blanco.

Miró a su alrededor, la gente pasaba como si nada. Curiosa como era desde chiquita, empezó a leer. Recorrió las páginas de aquel inusual libro rojo, como una nadadora de aguas abiertas en el mar. Su rostro se iba transformando, desde el placer que se siente al saborear el dulce preferido, hasta la sorpresa cuando se encuentra un objeto que se daba por perdido.

Cuando llegó a la penúltima página en blanco, alzó la mirada. La gente caminaba disfrutando ese día soleado. Tomó el bolígrafo y se puso a escribir:

«Una mariposa multicolor, andaba de flor en flor, dejando gotas de amor».

—Eso me gusta —pensó. Estampó un punto, colocó el bolígrafo dentro del libro rojo y lo dejó allí, tal como lo había encontrado.

Se levantó, ya tenía que irse, pero la curiosidad le bailaba por dentro. Se acomodó sobre una enorme roca que había cerca del banco y esperó, haciéndose la distraída. Lo veía todo desde esa piedra-observatorio, unas veces su mirada se dirigía hacia el banco y otras veces, hacia la gente que pasaba por allí. Una ardilla rojimarrón, de esas que le encantan, corrió por el tronco de un árbol. En eso, una deportista se sentó en el banco. Ana la observó mientras tomaba agua. El libro rojo seguía allí. La muchacha lo miró, lo atrajo hacia ella y empezó a leerlo. Al rato, tomó el bolígrafo y se puso a escribir. No tardó mucho. Cerró el libro y lo dejó, tal como lo había encontrado.

Ana bajó de la piedra, tomó el libro rojo y lo abrió en la última página. Unas cuantas líneas terminaban con una frase que recordaba haber leído en un cuento que le regaló su mamá y que le gustaba mucho:

«Y la tarde se quedó sentada junto a ella, sin decir nada».

Cerró el libro, lo dejó sobre el banco y se marchó.

Volvió al parque al siguiente domingo, como siempre hacía. Paseando, observando aquí y allá, Ana descubrió en otro banco cerca del lago un libro verde, del cual asomaba un bolígrafo. Aunque la curiosidad le bailaba por dentro, esta vez estaba corta de tiempo. Se acercó hasta el banco, le guiñó un ojo al libro y continuó andando. Unos cuantos pasos y volteó la cabeza: un niño estaba sentado, observando áquel libro verde. Ana sonrió y siguió su camino.

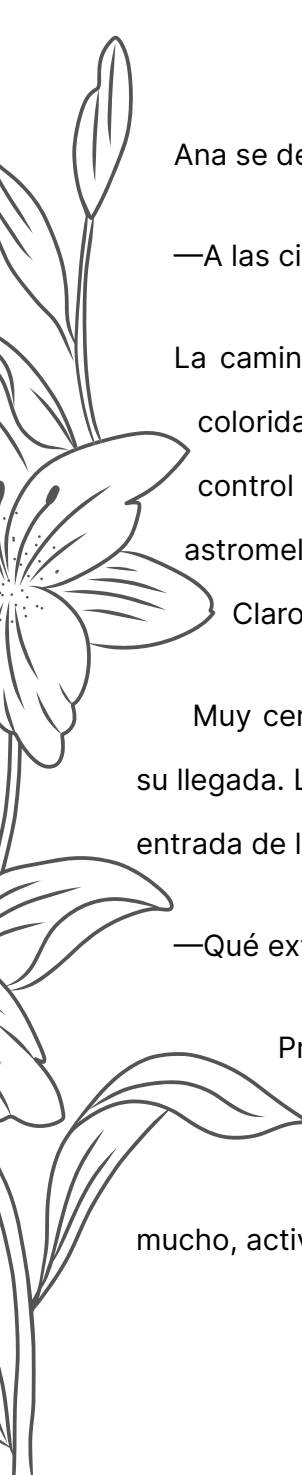




Una abuela tremenda

Se acomodó el traje galáctico tricolor: verde, anaranjado y amarillo, la combinación de sus colores preferidos. Se ajustó el casco todo verde. Su mamá ya le tenía preparado el cilindro metálico con cápsulas de durazno y fresa y micro tubos de leche condensada. Le encantaba visitar a la abuela, quien siempre le contaba historias de fantásticas aventuras vividas en el espeso jardín que rodea su casa.





Ana se despidió de su mamá:

—A las cinco estoy de vuelta.

La caminería móvil que la llevaba donde su abuela estaba llena, a los costados, de coloridas rosas y astromelias que brotaban a la velocidad que le imprimía Ana con el control remoto. Era muy divertido observar cómo asomaban una rosa tras otra, una astromelia tras otra, en la medida que ella aumentaba la velocidad de la caminería.

Claro, no podía traspasar el límite asignado a niñas y niños.

Muy cerca ya, envió un mensaje láser a su abuela para que estuviese pendiente de su llegada. Le tomaba tiempo el trayecto entre su cuarto, donde casi siempre estaba, y la entrada de la casa.

—Qué extraño —pensó Ana, al ver que su abuela no la esperaba en la puerta.

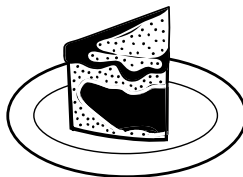
Preocupada, le vino a la mente la historia que su papá le contó sobre su tátara tatarabuela, hace miles de años, en la que un lobo que se las daba de sabihondo y feroz llegó hasta su casa e intentó comérsela. Sin pensarlo mucho, activó su nano megáfono y por todo el frondoso jardín se escuchó:

—¡Abu, abu, abuela, estoy aquí afuera!

Nada pasó. Más preocupada aún, pero decidida, Ana bordeó la casa para entrar por la puerta trasera que daba a la cocina. Estaba a punto de hacer una laser llamada de emergencia a su papá, por si aquello de las moscas cósmicas, cuando la puerta se abrió lentamente. Los ojos de Ana, tan verdes como su casco, parecían a punto de entrar fuera de órbita. Allí, en el mesón de la cocina, estaba una maravillosa y anhelada cápsula de torta de chocolate con nueces y avellanas, como esperándola. Adelantó un paso, se quitó el casco y detrás de la puerta la descubrió, sonriendo pícaramente.

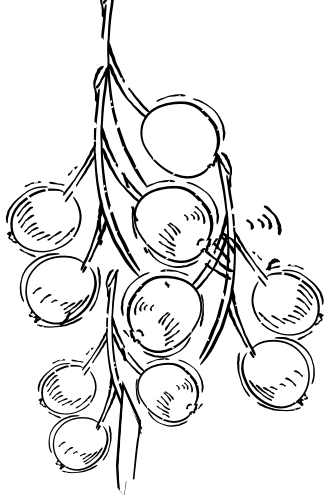
—¡Ay, abuela! ¿Por qué eres tan tremenda? —protestó Ana.

La abuela ni le hizo caso. Se dieron un abrazo intergaláctico y la torta calmó sustos, mientras escuchaba una fantástica historia de aventuras.





Mamón, limón y majarete



Ir a casa de los abuelos paternos significaba un bonito paseo atravesando la autopista entre los valles sembrados de caña de azúcar y verdes montañas, excepto cuando el recio verano las cambiaba de color y en los atardeceres de regreso a casa, Ana veía aquellos chispeantes hilos anaranjados que las dejarían heridas, sin una brizna de hierba. Iban a casa de los abuelos algunos fines de semana y en las vacaciones.

Era una de esas viejas construcciones con zaguán, que conducía a la puerta principal. Allí se abría la sala con muebles de mimbre blancos, donde estaba el honorable sillón del abuelo. Nadie más se sentaba ahí sino él, en las tardes de ocio, mirando la televisión o leyendo el periódico. El abuelo Bibito era gordito y tenía una larga papada que se le movía de un lado a otro. A veces, su presencia perturbaba a Ana, porque era de poco hablar y de apariencia muy seria, aunque eso sí, espléndido en lo que a golosinas y juguetes se refería. En las tardes le gustaba tomar café negro instantáneo que le llevaba Simona, prodigiosa cocinera, que a veces consentía a los nietos dándoles un poquito, pero sin que nadie se enterara.

Como esas casas de antes, era grande y alargada, con un patio interior lleno de matas. Al otro lado, la habitación de los abuelos, una contigua más pequeña y un amplio baño con una enorme bañera y unos azulejos de barquitos que ponían a soñar a Ana cuando la llamaban ciertos menesteres.

Después del patio, venía el comedor con una gran mesa ovalada que se podía alargar para que cupiesen más comensales y unas escaleras de cemento en forma de caracol, con altísimos escalones que daban a una platabanda, donde había una piscinita de plástico en la que Ana y sus hermanos se refrescaban del tenaz calor. Seguidamente estaba una estancia abierta que funcionaba como una especie de mini comedor y la cocina a un lado. Por último, otro patio donde había sembradas una mata de mamón y otra de limón.



Esa casa grande y alargada daba mucho miedo de noche. Ana, sola, no iba a la cocina ni amarrada y el tiempo nocturno antes de ir a dormir transcurría en la sala, junto con Bibito y la abuela Pachita.

Una noche, Ana y Sofía, su hermana menor, estaban viendo televisión, el abuelo detrás en su sillón y la abuela en el mecedor. Era un programa de animales que viven en Los Llanos. A Ana en particular le llamó la atención el chigüire y en voz alta le preguntó al abuelo si alguna vez lo había visto en persona. El abuelo no contestó.

Ana volteó la cabeza y se dio cuenta que el sillón y el mecedor no tenían sus acostumbrados habitantes. Una ráfaga de miedo le recorrió el cuerpo. ¿Dónde estaban los abuelos?

Ana tocó el hombro de Sofía y con voz baja y temblorosa, le advirtió:

—Sofía, estamos solas. ¡Los abuelos desaparecieron!

Sofía se volteó y ambas se miraron horrorizadas.

—¡Bibito, Pachita! —gritaron. Nadie respondió.

Muy asustada, Ana tomó a su hermana de la mano y salieron corriendo, huyendo despavoridas sin saber de qué.

—¡Escondámonos aquí! —dijo Ana.

Entraron en la habitación contigua a la de los abuelos y se metieron bajo la cama, amparándose del miedo que les daba la soledad repentina.

En eso, ¡bum! Escucharon que una puerta se cerró de golpe. Ana abrazó a Sofía. ¿Serían los abuelos? ¿O tal vez un ladrón?

—O un fantasma —dijo Sofía entre dientes.

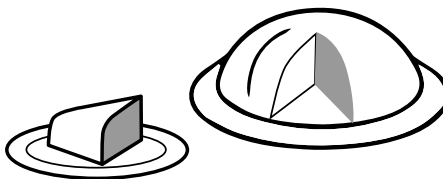
En medio de un silencio inquietante, de pronto escucharon la voz de la abuela Pachita:

—¡Ana, Sofía! ¿Dónde están?

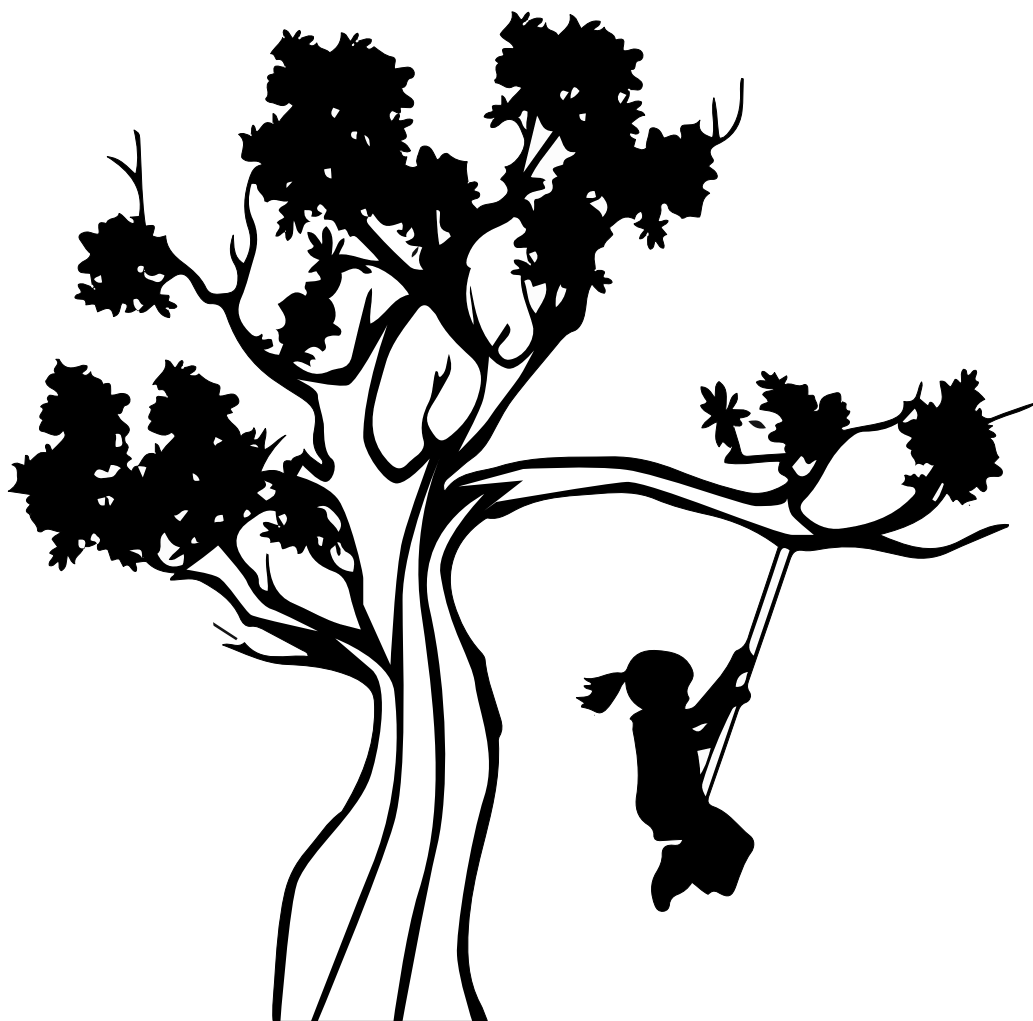
Un alarido salió de sus bocas como un cohete hacia la luna:

—¡Aquííí!

Allí bajo la cama, aprisionadas en el último rincón, las encontraron los abuelos. Habían ido donde los vecinos de enfrente, una pasadita para buscar un majarete que les tenían preparado.







Amor en la selva

Lo vio agazapado, pero en estado de alerta, en lo más alto de aquel enorme árbol, que tenía un tronco tan grueso que solo podrían abrazarlo como veinte personas juntas. Sus ojos claros parecían un rayo, tratando de captar cualquier movimiento que fuese amenazante, o que significara un rico manjar para aliviar el hambre del día. Ana sabía de muchas de sus andanzas por la espesura de aquel territorio salvaje, aunque él no era precisamente de allí. Una vez escuchó que, cansado de tanta desidia urbana, se internó en estos parajes.

Ana solía escaparse de casa para adentrarse por aquellos frondosos caminos con el único deseo de verlo, pero sin que él se diera cuenta. Había fabricado variados escondites de ramas, piedras y arbustos que le permitían observarlo con atención. Era solo una niña, prendada de su corpulenta figura, de su audacia para pelear con fieras salvajes, de su ternura



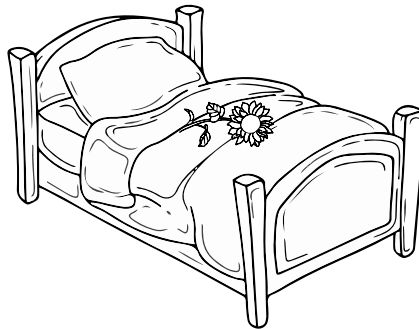
con las coloridas aves que atrapaba para solo acariciarlas y dejarlas ir. Parecía que hablaba con ellas, mejor dicho, con todos los animales, comprendiendo a la perfección su idioma de sonidos y movimientos. Cuando regresaba a casa, Ana se echaba en su catre y sus pensamientos volaban muy lejos, imaginando que estaba entre sus brazos, que la defendía de una serpiente venenosa con su certero cuchillo o que le regalaba una diminuta flor de girasol.

Un día, en uno de esos acostumbrados paseos secretos, Ana estaba de pie, tratando de disimular su presencia tras unos tupidos arbustos, cuando de repente, ¡zas!, sintió que algo la tomó de la cintura y la levantó de un jalón. Salió de su boca un grito despavorido, pero en seguida reaccionó; supo que era él, volteó su rostro y sus ojos se encontraron, su sonrisa le brindó seguridad y anduvieron en un encantador paseo entre los árboles, de una liana a otra, de una rama a otra.

Se detuvieron en un baobab y un loro gris se posó sobre su hombro. Suavemente él lo acarició y el loro se le acercó al oído y, por lo rápido que se movieron, advirtió que algún peligro estaba cerca. En efecto, vieron venir al enorme gorila Tublat, con ojos encendidos. Ana estaba aterrada, pero sintió las manos de él sobre su cabeza, calmándola. La dejó en la rama más alta de otro baobab, dándole coraje para mantenerse allí. Una pelea estaba a punto de empezar. Tublat golpeaba su pecho con sus poderosos puños, él estaba dispuesto a saltar sobre el gorila. No quería ver aquello. Aunque estaba segura que saldría victorioso, no quería verlo herido. Cerró sus ojos horrorizada, aunque al mismo tiempo esperanzada en que nada ocurriese. En eso, un chillido le advirtió:

—¡Es la hora de comer!

Ana salió bruscamente de su estado de ensoñación. Su mamá dio fin al capítulo imaginario de ese día con Tarzán, su primer amor.





Berta Barrios

(Caracas, 1960)

Berta Barrios es educadora y psicóloga, especialista en el área educativa y del desarrollo humano. Caraqueña de nacimiento y sanatoñera de crianza, también es narradora oral con una significativa trayectoria en los grupos *En Cuentos y Encantos* (Caracas) y *Cuentazo* (Barquisimeto).

Su pluma en el campo de la escritura de cuentos para niños y niñas nace a partir de este quehacer cultural y educativo, así como también de la participación en varios talleres de literatura auspiciados por el CENAL, apostando siempre al placer y a los grandes aprendizajes que se obtienen a través de la lectura. *Ana Imaginada* es su primera aventura literaria.

Contenido

Aventura número 5	7
El libro verde	13
Una abuela tremenda	17
Mamón, limón y majarete	21
Amor en la selva	27